NOTAS

PERSPECTIVAS DEL ARTE ANTE EL TERCER MILENIO

*Juan Plazaola S.I.**

En la actual coyuntura intermilenaria a cualquier historiador se le vuelven los ojos hacia el pasado y le asaltan las imágenes del año 1000. Hubo mucha fantasía en los escritores románticos que elucubraron sobre los ‘terrores del Año Mil’. Pero es verdad que durante los ‘siglos oscuros’ las naciones cristianas, asediadas en sus cuatro rumbos por normandos, húngaros y sarracenos, vivieron la ‘cultura del miedo’, mientras el deplorable estado de la Iglesia hacía a muchos pensar en la inminencia del Anticristo. Llegó el Año Mil y ¿qué ocurrió? Que Europa, según la feliz expresión del monje Raúl Glaber, se cubrió ‘con la blanca vestidura de las iglesias’. Y aquella coyuntura intermilenaria temida como el ‘cabo de las tormentas’ mereció el nombre de ‘cabo de Buenaesperanza’. Las angustias del siglo X se fueron des-

vaneciendo en una nueva era política de relativa tranquilidad, garantizada por la fundación de fuertes monarquías, y en una Cristiandad algo más apacible, victoriosa y unificada que la anterior. Todo ello quedó expresado en los esplendores del gran arte románico.

Hoy, en el umbral del Tercer Milenio hay quienes auguran calamidades terribles. Pero tampoco faltan quienes profetizan una nueva primavera. Como no me considero profeta como Jeremías, sino un simple ‘varón de deseos’ como Daniel, voy a aprovechar la ocasión que hoy se me brinda para expresarlos. Consciente como soy de que el arte es siempre espejo fiel, cuando no vehículo, de realidades humanas y sociales, confío en que se comprenderá el alcance semántico que tiene lo que voy a formular en los términos, aparentemente inocentes, del lenguaje estético.

107

* Universidad de Deusto.

NOTAS

Espero y deseo que la humanidad avance en el próximo milenio hacia una era de mayor salud y fortaleza moral y espiritual que la que hoy vivimos. Sueño con una nueva cultura que quedaría expresada en un arte nuevo que superaría ciertas sustanciales limitaciones del arte finisecular. La superación de esas limitaciones podría formularse, a mi manera de ver, como consecución de cinco 'victorias'.

Una primera victoria debería lograrse sobre lo que yo llamo la 'estética del fragmento'. Se dice que la *fragmentariedad* caracteriza a la postmodernidad. Pero se anunciaba en el arte ya a principios del siglo XX. La realidad, vista por los artistas de nuestro tiempo, apareció de pronto rota y desintegrada. Esa desintegración se inició cuando el arte llamado 'abstracto' separó la forma y el contenido, y más aún cuando los artistas empezaron a despreciar la forma y la estructura (arte 'matérico'); y cuando, finalmente, se buscó la expresión o el simbolismo en una especie de magma informe y caótico. Ante el ser humano, el arte de nuestros días ha hecho la experiencia de desarticular la anatomía, ha configurado seres horripilantes para terminar desestructurando no sólo al hombre sino a la naturaleza entera. Se trata de un gusto por lo fragmentario que en el arte sería la expresión

de la exagerada especialización de la cultura actual. El arte de vanguardia ha sido la cara de esa triste realidad, del descrédito en que ha caído la metafísica y toda filosofía integradora, sustituida hoy por el neopositivismo y el conductismo. La estética del fragmento refleja, por ejemplo, esa monstruosa desintegración moral del fotógrafo que, tras 'cazar' la foto del año —la del niño famélico del Sudán o de Biafra, a punto de ser devorado por el zopilote que aguarda su hora— carga con sus bártulos y se va sin más porque 'lo suyo es la fotografía'. Una especie de atomismo reemplaza hoy a toda pretensión de construcción verdaderamente filosófica y moral. ¿Podremos esperar que amanezca en el año 2000 un arte integrador que sea expresión de una reestructuración del concepto del hombre y de la vida, expresión de una confianza en la legitimidad de una sistemática humanista?

La segunda victoria que me gustaría anunciar es la superación del *culto a la materia*. Hoy la mirada del profesional del arte ha ido descendiendo de niveles hasta llegar a lo más elemental que ha podido alcanzar: al nivel de la pura materia. Se trata de un movimiento consecuencia del anterior. Fragmentando el diamante hasta el límite se queda uno con polvo en las manos (las tierras ocre de Tapies, los remolinos matéricos de

NOTAS

Jackson Pollok, etc.). Si se lleva al extremo el desinterés por las formas no le queda a uno más que el encanto (¿engañoso?) de la materia pura. El espectador se queda perplejo ante esas exhibiciones de simple materia, presentada casi como extensión pura, carente de estructura espacial o temporal. El artista plástico se contenta con ofrecer a nuestra vista toscas 'estructuras primarias' —materiales corruptos, hierros comidos por la herrumbre, chatarra, aleaciones sin figura, vegetaciones metálicas, arcillas granujientas—. El músico pretende regalar nuestros oídos con atonalidades estridentes, con simples ruidos, con sonidos blancos, sin timbre ni color. Es un arte que no se avergüenza de denominarse 'minimal'. El arte de siglos anteriores nos brinda siempre manjares sobre la bandeja de la materia. Hoy se nos ha sustraído el manjar y se pretende suscitar lo que podríamos llamar 'el sabor de la bandeja'...vacía. El público acepta resignado su destino: A las exposiciones artísticas de hoy no hay que ir a gozar sino a *curiosear*. Nadie está más de unos segundos ante la mayoría de los objetos que se exponen, sencillamente porque 'no nos dicen nada'. La falta de espesor semántico es uno de los caracteres más evidentes de las 'cosas' que se nos ofrecen. Sí, ya sé que el arte de hoy ha sido el espejo de ese

hombre apasionado por la investigación de los últimos elementos del mundo material. Y reconozco que ese empeño tiene una cara amistosa: es el otro extremo del Gnosticismo para el que la materia era 'tiniebla'. Ya sé que es apasionante para el físico, el filósofo y el teólogo sacar de la más recóndita materia centellas de energía y de luz. Lo que ha salido por un extremo de esa investigación ha sido ese tenebroso hongo de la bomba atómica. Y sé que, por el otro extremo, cabría pensar que esa 'deshumanización del arte' (un arte sin rostro humano), es el precio que habría que pagar para lograr una 'humanización de todo el cosmos'. Quizá habría que abrazar la cosmovisión optimista de Teilhard de Chardin, y esperar que en lugar del viejo evolucionismo que rebajaba al nivel de la materia las más altas operaciones del espíritu, surja un evolucionismo cósmico que nos convenza de que todo en este universo, hasta la ínfima partícula de la materia, contiene un latido del espíritu. Ojalá el tercer milenio nos traiga por ese lado la superación del *elementalismo materialista* en el que parecen anclados tantos artistas de hoy.

Una tercera victoria yo la desearía sobre el *gusto por lo efímero*. Al artista de hoy no le interesa dejar obras hechas. Sólo aspira a sentirse haciéndolas. Ya Stravinski —y otros

NOTAS

después de él— decía que, una vez hecha, la obra no le importaba. Les apasiona el *fieri* del instante, no el *factum esse*. Hoy estamos bajo la primacía del gerundio. Es el espejo de miles de hombres y mujeres que no realizan *obras*, sino que promueven *campañas*. El arte 'conceptual' sustituye el arte como 'objeto' por el arte como 'idea'. *Fluxus*, *Happenings* se denominan, con términos verdaderamente significativos, muchos trabajos pretendidamente artísticos de hoy. No interesa 'lo que queda' sino 'lo que pasa'. Es la hegemonía de la 'pasarela' en su sentido más etimológico. Los Versace y Paco Rabanne de hoy no pretenden que Claudia Schiffer o Naomi Campbell ostenten vestidos que de hecho llevarán las señoras en la siguiente primavera, sino que susciten el ¡Ah! admirativo de diez segundos durante los 30 *pasos* que *pasan* por la *pasarela*. Tampoco el búlgaro-americano Christo que envolvió en lonas la fachada del Reichstag de Berlín pretendía más que la mirada bobaliconna de los curiosos que acudieron a ver la efímera y 'alta costura' que lució durante unos días un edificio permanente.

El célebre artista alemán Joseph Beuys, impresionado con la lectura de los 'Ejercicios' de Ignacio de Loyola, se inventó una *Fluxusdemonstration* que tituló *Manresa* y que

'ejecutó' ante muchos espectadores, con la conciencia de que el 'ejercicio' del arte tiene "una dimensión de salvación y un valor terapéutico". Y ¿qué genio ha podido mover al artista vasco Agustín Ibarrola, antaño entusiasta de una pintura expresionista y revolucionaria, para que hoy se ponga a pintarrajear cortezas de árboles sabiendo que la biología vegetal va a hacerlas desaparecer en pocas semanas? Pasa así la farándula humana, y el arte se encarga de dar testimonio triste y dramático de esa cultura de la 'pasarela'.

El arte del Tercer Milenio ¿no debería aspirar a crear un patrimonio de obras más que un memorial de operaciones? ¿Tendrá la humanidad que renunciar a atesorar obras equivalentes a *Don Quijote*, *Hamlet* o la *Novena Sinfonía* de Beethoven? ¿Seguirán los artistas entreteniéndose en *instalaciones* que se apagan a las pocas horas? Desgraciados nuestros nietos del Tercer Milenio si no heredan algo más sólido y permanente.

La cuarta victoria que yo desearía poder celebrar en el Tercer Milenio sería el triunfo sobre el *imperio del euro-dólar*. El arte del siglo XX ha caído en manos de los grandes marchantes, que tienen el poder mediático. Es sabido que el dinero lo corrompe todo. Los grandes marchantes del arte no tienen hoy más ética que la del consumista, que un

NOTAS

autor ha resumido en estas palabras: 'Te descubro, te compro barato, te lanzo, te vendo a precios altísimos, te hago pasar de moda y te sustituyo.' Cualquier galerista sabe que hoy se trapichean 'obras de arte' por el hilo telefónico. Se compra y se vende no por 'lo que se ve', sino por 'lo que se oye'. No se aprecian las obras que se contemplan sino que se da culto a los nombres que sueñan. Este culto ha corrompido a muchos artistas. Andy Warhol confesaba antes de desaparecer: "Ser bueno en los negocios es la mejor clase de arte."

Esta sociedad occidental que va derribando a los Pinochet de turno, está dejando en pie esa otra dictadura de los marchantes, más disimulada y consentida que la de los políticos, por estar más repartida. El arte, que debería ser creación de espacios de gratuidad y de libertad, se ha convertido en cárcel, dorada para algunos, de miseria para muchos, de esclavitud para casi todos, sacrificados a los intereses de unos pocos. Ojalá bastara, para destruirla, denunciar la monstruosidad de esta degradación del arte que Warhol definió diciendo: "No importa si eres buen artista o no; si no estás bien promocionado, no recordarán tu nombre." Y mientras yo sueño con el milagro del siglo XXI —el de una superación del sistema capitalista—, pienso que en ningún

terreno como en éste del arte, la situación merece el calificativo de 'capitalismo salvaje'.

Finalmente, yo desearía ver en el Milenio que amanece la superación del *individualismo* frenético que se expresa en el arte de nuestros días. El arte renovador de hoy es lo más opuesto a lo socialmente habitual, a lo colectivo. Quiere ser, por encima de todo, una confesión del sentimiento individual. El 'yo lo siento así' es, para la mayoría de los artistas prestigiados de hoy, la razón suficiente de lo que hacen. Ese individualismo toma frecuentemente caracteres expresionistas, utilizando la deformación expresiva para que quede más patente el sentimiento personal que inspira la obra.

La Iglesia no puede cerrar los ojos al problema que ese expresionismo plantea cuando se busca una imagen sagrada que presida la celebración religiosa comunitaria. Lo *sacro* es lo 'consagrado al Señor', y la 'sumisión al objeto' parece que debiera ser, como lo fue en siglos pasados, un principio insoslayable por razón del 'misterio' que *está ahí*, delante e independiente de nosotros y de nuestros sentimientos, como contenido de nuestra fe. Pero, por otra parte, el arte es esencialmente expresión de un hombre. El subjetivismo lleva a expresiones del yo que, en una sociedad pluralista, toma formas

NOTAS

individualizadas, sorpresivas, quizá herméticas y hasta ofensivas para un cierto sector de la comunidad cristiana. He ahí una situación problemática que ha sido relativamente frecuente en ciertos lugares, y que ha requerido la intervención de la autoridad eclesiástica para dirimir situaciones conflictivas dentro de una comunidad local.

¿Podrá el Tercer Milenio aportarnos un principio de solución a este problema? Planteándome y deseando hacer realidad esa posibilidad, quisiera matizar lo que acabo de decir a propósito del exagerado individualismo del arte contemporáneo. Me refiero al asentimiento y participación social que, dentro de ese desbordante personalismo, ansía el artista de hoy. Frecuentemente, el artista actual, aparentemente tan individualista, pide no sólo el asentimiento del espectador sino también su contribución. No le gustan los consumidores pasivos de su obra. El autor se desdobla en el destinatario; requiere su contribución para 'terminar' en cierto modo su trabajo, para dar su último significado a la 'obra abierta'. En la literatura, en el cine, en la música, estamos viendo cómo las técnicas modernas se aplican de manera que, en la consumación de la obra, intervenga de alguna manera 'el otro', el que antes era un pasivo receptor. La consumición por parte

del receptor exige ahora la consumación de la obra por él mismo.

Pienso que, al menos teóricamente, esta característica del arte actual debiera tener una gran aplicación práctica en el arte sacro; precisamente por su dimensión social y colectiva, por la necesidad de participación de los fieles que tanto está promoviendo la jerarquía eclesial. Creo que hasta ahora no hemos sabido aprovechar este aspecto del arte actual. Me refiero expresamente al uso de ciertas artes de comunicación como la fotografía, el video, el cine, la televisión, la danza, la música, el teatro, el mimodrama, etc., para difundir la Buena Nueva.

Los filósofos de la historia saben que nunca una época instaure sus caracteres esenciales negando y suprimiendo del todo los de la época anterior. Lo que acontece no suele ser una absoluta supresión sino una dialéctica superación. Quizá esta prospección de futuro que yo tengo la osadía de proponer deba también concebirse en términos de una superación integradora de los mejores valores del siglo XX. ¿Por qué no pensar que el *fragmentarismo* de nuestro siglo va a ser sustituido por una cultura holística integradora que salve todo lo que sea especialización sectorial? ¿Por qué no soñar que el *elementalismo* cultural y estético, que aparentemente nos retiene en el

NOTAS

plano de la materia, liberará fuerzas que tendremos que calificar como energías del espíritu? ¿Será imposible unir el *plaisir de faire* —que dicen los franceses— con el sabor contemplativo de la obra perfectamente acabada? ¿No podremos nunca conjugar la gratuidad de la obra de arte con su indecible valor espiritual? Frente a la cultura de los dólares los grandes muralistas mexicanos realizaron la primera tentativa genial de un arte público y social. ¿No es ya posible inspirarse en ese ejemplo? ¿Será siempre una inalcanzable utopía conseguir una digna valoración social del arte sin someterlo al mercado enloquecido de los valores de bolsa?

No debemos perder la esperanza de que, en el próximo milenio, sea conciliable una auténtica *solidarización* del arte y de la cultura con la expresión personalizada del artista genial. Teilhard de Chardin, desde su visión antropocéntrica de la historia del universo, anunció una próxima era de máxima *personalización* unida a una máxima *solidarización* de la Humanidad. No sé si Teilhard leyó a Marshall McLuhan sobre la 'aldea global'. Ciertamente no alcanzó a conocer lo que hoy es la Internet. La capacidad de una comunicación mundializadora e instantánea de nuestras experiencias y saberes ¿no podría aportarnos la realización de

ese sueño de Teilhard —la máxima *personalización* unida a una máxima *solidarización*?

Ojalá supiéramos todos colaborar a enderezar el rumbo de la Iglesia y de la Humanidad hacia ese Norte. Ojalá supiéramos enseñar y difundir ese difícil arte de cultivar al máximo el desarrollo y la expresión de nuestra personalidad al mismo tiempo que nos fundimos en un movimiento de solidaridad dentro de ese Cuerpo Místico de la Iglesia y de la Humanidad.